



# Arturo Echeverri Mejía

*“Un desertor en busca de sí mismo”*

IGNACIO  
PIEDRAHÍTA

Como pasajero de un barco, hace cierto tiempo, escuché de labios del capitán la historia del soldado Cándido Leguízamo, quien fuera herido de muerte en una de las primeras acciones de la guerra de 1933 contra Perú. Resulta que Leguízamo y sus compañeros cruzan el río Putumayo para investigar una extraña humareda en la orilla peruana, y el ejército del vecino país les abre fuego a la mansalva. Cándido, el soldado, recibe un tiro en su cuerpo y pronto es llevado a Bogotá, donde muestra su desespero por volver al combate. Muere sin embargo durante una cirugía y se le reconoce como héroe nacional al renombrar la población de Cauca yá, aguas arriba del sitio de la refriega, como Puerto Leguízamo. A mi regreso a Medellín, cuando le repito a un conocido esta misma historia, me dice que en Puerto Leguízamo, precisamente, es donde comienza *Antares* de Arturo Echeverri Mejía. Fue así como llegué a la obra de este clásico de nuestra literatura.

Arturo Echeverri nació y se crio en Rionegro, y a los 14 años se fue para el ejército. Allí se graduó con el grado de subteniente y regresó a Medellín como instructor de cadetes. Como era de

esperarse, este cargo no le proporcionaba aventura suficiente, así que pidió ser trasladado a la recién fundada Armada Nacional. Fue en esta última institución donde recibió la misión de viajar al río Putumayo, con el fin de supervisar la construcción de un varadero para las embarcaciones oficiales. Tenía 27 años y la guerra peruana ya era historia patria, de modo que en sus ratos libres soñaba con diseñar su propio velero y salir de viaje. Imaginaba que bajaba por el Putumayo hasta el Amazonas para salir al mar, y luego

Para Arturo  
Echeverri,  
el viaje del  
Antares será  
pues una  
manera de  
olvidar, y su  
posterior  
narración  
novelada una  
manera de  
recobrar lo  
olvidado.

bordeaba medio continente antes de atracar en Cartagena. El sueño se hizo realidad, y *Antares* es el título del relato de ese viaje que Arturo Echeverri y otros tres compañeros llevarán a cabo por las aguas dulces y turbias de los poderosos ríos primero, y las saladas y bravas olas del océano Atlántico después.

El viaje, en el que la oficialidad no depositó mayores esperanzas, fue sin embargo motivo de entusiasmo de los compañeros de milicia y de la gente de la región. Unos y otros debieron haber intuido en los aventureros esa hermosa locura de quien se empeña en regresar a casa por la vía de lo inesperado, cuando bien podría simplemente tomar un avión. Esta determinación alucinada puede sentirse en las palabras del narrador: “el espíritu de la selva es burlón, jamás se regresa por el camino que uno mismo ha trillado y le sirvió para la entrada; ni el más experto de los baquia-

nos ha conseguido hacer coincidir las huellas de las pisadas que marcan el sendero de introducción con las que se dejan a la salida [...]. El regreso es tan penoso como la entrada”. El teniente Echeverri sabe que no podrá dejar la selva así sin más, y semejante travesía continental es su propia manera de hacer el duelo.

En el año de 1945, los viajeros tienen claro el trazado de su recorrido, pero aún les falta la embarcación, que deberá ser construida con sus propias manos. Será un Argo mítico nacido únicamente para ese viaje, cuyo origen no puede ser otro que la misma selva. Esta les señala el árbol vivo que habrán de derribar para su empresa y que ellos mismos bajan a flote hasta los talleres del puerto. En adelante, durante las horas libres y con los pocos excedentes de su sueldo mariner, Arturo y su socio Jaime Parra irán construyendo el velero de sus sueños. Trabajan durante toda la segunda mitad del año, y en enero de 1946 saben que es momento de zarpar, pues tendrán que llegar a la boca del Amazonas antes de las tormentas de junio.

Asegurados los últimos remaches, el velero está listo para echarse al agua. Sin embargo, aún falta el nombre, entre los cuales se baraja el de “Clavileño”, como el del caballo de madera inventado por un idealista semejante a ellos mismos. Pero Echeverri y Parra saben que viajarán “no por aguas de fantasía, sino por un mar de realidad”, y deciden hacerle honor a la estrella que los ha acompañado en los turnos redoblados de las últimas noches: Antares, corazón de la constelación del Escorpión. Todo está listo para la travesía, que no solo es una manera de regresar a casa, sino de desenamorarse de la selva, pues “la manigua es hembra melosa, repulsiva y atrayente. El hombre seducido por ella, si la abandona no la olvidará jamás”. Para Arturo Echeverri, el viaje del Antares será pues una manera de olvidar, y su posterior narración novelada una manera de recobrar lo olvidado.

### **Belchite**

La vida de Arturo Echeverri fue dramática por definición, pues dicen quienes lo conocieron y han escrito sobre él que era de ese tipo de persona que encuentra su valor poniéndose a prueba. No es raro pues que siendo todavía un adolescente recurriera a Baldomero Sanín Cano para una recomendación, no con el fin de entrar a

la universidad, sino a la Escuela Militar de Cadetes del ejército en Bogotá. Esta decisión era seguramente una manera de evitar un monótono destino en su natal Rionegro, tal vez motivada en parte por la promesa de guerra con Perú, que por esa época puso a los muchachos del país a gastar energía en instrucción militar. Algo de esto se cuenta en su novela *Belchite*, protagonizada por su alter ego Esteban Gamborena, quien “por ese entonces cruzaba el puente de la niñez a la pubertad y comenzaba a comprender que la diferencia entre hombres y mujeres no era de traje sino que había algo más profundo, más interesante y fundamental”.

La palabra *Belchite* corresponde originalmente a una población española que sufrió los rigores de la Guerra Civil, pero en el contexto de la obra de Arturo Echeverri no es otra cosa que el nombre del barrio en el que vivía la familia de Esteban: “Vivíamos en *Belchite*, un barriecito de andenes de ladrillo y calzada embombada, inconcluso y zigzagueante como todos los otros barrios de mi pequeña y colonial ciudad”. Aunque el nombre de esta ciudad no se menciona, el lector imaginará que se trata del Rionegro del autor, un pueblo como muchos otros enclavado en la cordillera de los Andes, donde los tranquilos años treinta transcurrían como arroyos cristalinos.

*Belchite* es, con *Esteban Gamborena*, una de las dos obras de Arturo Echeverri que fueron publicadas después de su muerte. En el caso de la primera, se sabe que el editor no encontró valor en ella y se la devolvió a su autor. Sin embargo, no se trata de culpar al finado Alberto Aguirre por tal decisión, pues es entendible que, en ese momento, a él le hubiera parecido que *Belchite* carecía de ese realismo combativo propio de otras obras de Echeverri. De cualquier manera, esta negativa editorial debió haber sido un golpe muy duro para el autor, porque la obra en cuestión no solo es una narración muy bien lograda, sino que está llena de una belleza juvenil que debió significar un placer a la hora de su escritura. Porque al lado de novelas “duras” como *Marea de ratas* y *Bajo*

*Cauca*, en las que las circunstancias sociales y políticas acosan a sus protagonistas, entregarse al universo de *Belchite* debió tener mucho de sosiego para su autor.

No es que *Belchite* sea un ingenuo panegírico de los tiempos dorados de la niñez. Al contrario, el niño Esteban Gamborena llega al extremo de empuñar una pistola para defender a una vecina huérfana de los deseos sucios de un pederasta. La novela, pues, relata la formación de un espíritu independiente: de un individuo que se atreve a pensar por sí mismo desde sus primeros años. De ahí que se le vea resolver sus asuntos con autonomía, con una firme conciencia de que cuando está yendo más allá de lo que se considera correcto es porque dentro de él sabe que pesa más el criterio propio que la moral religiosa y familiar imperante en la época. Durante la narración se muestra a un muchacho de criterio independiente, quien tiene su propia versión del mundo y una sensibilidad que apuntan a un futuro hombre buscador de lo bueno y de lo justo. Y, a juzgar por los numerosos testimonios de sus conocidos, Arturo Echeverri llegó a ser un hombre de mucha transparencia de corazón.

### Empezar por el principio

A Arturo Echeverri no le hacen falta estudios académicos que valoren su obra, pero sí tal vez lectores desprevenidos que recurran a él por placer literario. A estos últimos yo les diría que la mejor manera de abordar hoy a este gran autor es comenzando por *Antares* y siguiendo con *Belchite*, por varias razones. La primera es que los límites difusos entre narrador y autor las hace fuertemente contemporáneas. Y si a esto se le agrega el estilo certero del autor, centrado en los hechos y en los personajes, sus novelas se le van a uno entre los dedos sin pensar que fueron escritas hace cincuenta años.

Además, *Antares*, como relato de viaje, tiene algo que le es ajeno a las otras obras del autor, y es la condición de elección propia, por parte de sus protagonistas, para realizar la travesía. Como decíamos, tanto

el teniente Echeverri como su compañero Parra no tenían obligación de partir en semejante aventura. Todo se debía a un deseo personal, creado mitad en su imaginación y mitad en el reto personal de superarse a sí mismos venciendo la selva. Es significativo recordar que la embarcación no está diseñada para navegar a motor, por lo que sus tripulantes deberán permanecer a merced del viento. Y, como es lógico, este último no soplará sino hasta muy avanzado el viaje, ya en aguas del gran Amazonas y en el océano. Por lo pronto, en el Putumayo y en muchos pasos decisivos ribereños, el azar “buscado” de la corriente será su único timonel.

Por su parte, *Belchite* es una novela juvenil que, a pesar de desarrollarse en un pueblo y no en una gran ciudad como, por ejemplo, la Nueva York de *El guardián entre el centeno* de Salinger, se asemeja precisamente a esta en que se halla sustentada en la búsqueda de una individualidad. Más allá de que los valores religiosos o tradicionales estén presentes en la historia como ambientación, es la actitud de su personaje principal la que verdaderamente lleva las riendas de la historia. Al igual que *Antares*, *Belchite* es una novela suficientemente íntima para ser leída más allá de su contexto social, lo cual quizá no sea tan cierto en el caso de *Marea de ratas* o *Bajo Cauca*. Sin embargo, cuando nos adentramos en estas últimas, todavía con el regusto fresco de *Antares* y *Belchite*, llegamos a ellas desde lo humano y no desde lo social. Esto le permitirá al lector sostener dos diálogos al mismo tiempo: uno con la voz del autor y otro con la de los personajes de sus novelas más centradas en el conflicto social.

En *Bajo Cauca*, por ejemplo, la historia del aserrador que hace

un tránsito entre el campo y la ciudad no se queda ahí, sino que se convierte en la contracara del recorrido vital de su autor, quien ha hecho precisamente el proceso contrario —de la ciudad al campo— en busca de sus personajes. Si bien Arturo Echeverri no solo vivió en carne propia la violencia sino que enfrentó los remotos parajes del Bajo Cauca, no fue tal aserrador, como sí fue en otro momento el viajero de *Antares* y el protagonista de *Belchite*. Esto no quiere decir que *Bajo Cauca* responda a meras invenciones, todo lo contrario, el autor bajó a las profundidades de sus personajes para encontrarlos, y al recorrer sus pasos logró desentrañar el drama fundamental de cada uno de ellos.

### El desertor

La vida de Arturo Echeverri fue corta. Murió a los cuarenta y cinco años. Pese a ello, alcanzó a escribir seis novelas y seis cuentos, en los cuales se nota la fuerza de la palabra cuando esta ha sido vivida. De ahí que le sea tan natural ese estilo preciso y directo en el que los hechos prevalecen, como si su fuerza estuviera más allá de las palabras. Su obra más celebrada es *Marea de ratas*, especialmente porque es considerada la mejor de su tiempo en el tema de La Violencia, una circunstancia que el autor vivió de cerca en su finca “Providencia” en el Bajo Cauca.

Para esta época, aunque todavía bastante joven, Arturo Echeverri ya se había retirado de la Armada. Bajo la perspectiva de ser trasladado a Bogotá para desempeñar un puesto burocrático, decidió pedir la baja. Salió a montar una finca en plena selva cuando su grado de capitán y su estadía en la capital no eran otra cosa que un futuro asegurado hacia los peldaños más altos de la institución. De ahí que Gonzalo Arango hubiera titulado un texto en honor al autor como “Adiós a Mi Capitán”, donde además de expresar su dolor por una partida tan pronta, se refiere a él como “un desertor en busca de sí mismo”.

Esta última frase define a Arturo Echeverri como hombre y como escritor.

Su obra tiene tanto de “sí mismo” como del “desertor”, y es este contrapunto el que se pone de manifiesto después de medio siglo de que sus obras hubieran sido escritas. *Antares* y *Belchite* pertenecen a ese primer ámbito de su espíritu, mientras *Bajo Cauca* y *Marea de Ratas* pertenecen al segundo. Mientras unas dan cuenta de su punto de partida como escritor, las otras dan fe del punto de llegada. En las primeras aparece como personaje, y en las otras lo hace como autor. Sin embargo, en *Marea de ratas* hay una intención de asomarse a través de uno de sus personajes, tan extraño a la historia como quizá se sentía, en su tiempo, el mismo Echeverri en un país donde primaba la intolerancia política y religiosa.

Dicho personaje se llama Juan Bergchem, un biólogo que ha decidido alejarse de la ciudad y radicarse en el pueblo. Es un personaje tan insólito que pronto llama la atención del gobernador militar. Durante el interrogatorio, Bergchem le explica que aunque ha abandonado la biología como profesión, la conserva como “una curiosidad insatisfecha que se lleva en la sangre”. Esta y otras respuestas en las que el forastero manifiesta no ser un hombre religioso ni político, le valen la condena. En Juan Bergchem,

el personaje ajeno al drama de los otros habitantes del pueblo, que decide morir a su lado antes que tomar la fácil vía de la huida, se reúnen y se resuelven, como en ningún otro personaje de Arturo Echeverri, sus más profundas inquietudes personales.

*Marea de ratas*, pues, no es solo la gran obra sobre La Violencia colombiana de los años cincuenta, sino la culminación temprana de dos vertientes creativas en la obra de un autor que no encontró otra manera de entender su país sino viviéndolo. Para asistir a ese proceso de doble vía en el que el conflicto interior de los personajes re- trata el del autor y viceversa, *Antares* y *Belchite* son magníficos puntos de partida. Estas dos obras, consideradas en ocasiones como menores, se convierten hoy no solo en gr- atas narraciones para disfrutar por separa- do, sino en la posibilidad de entrar de una manera diferente en el universo creativo de Arturo Echeverri Mejía. ■

Ignacio Piedrahíta (Colombia)

Nació en Medellín en 1973. Geólogo. Ha publicado *La caligrafía del basilisco* (cuentos, 1999) y las nove- las *Un mar* (2006) y *Al oído de la cordillera* (2011). Sus cuentos han sido publicados en las revistas *Universidad de Antioquia*, *Odradek* y *Hueso Húmero* del Perú. Actualmente es colaborador de la *Revista Universidad de Antioquia* y del periódico *Uníversono Centro*.

El **200** no tiene canción...

porque pocos lo cuentan



En julio de 2013

ac agenda cultural  
Alma Máter | febrero a diciembre  
>>> ISSN 0124-0654